

Alerce

N° 106, junio de 2023. Sociedad de Escritoras y Escritores de Chile. Director: David Hevia.

Maribel Mora Curriao canta a Alfonsina Storni, la poeta golondrina

Nacida en Panguipulli en 1970, Maribel Mora Curriao es una destacada poeta e investigadora de las expresiones literarias de las comunidades ancestrales, especialmente del pueblo mapuche. Realizó sus estudios de Magister en Literatura en la Universidad de Chile, para luego cursar el Doctorado en Estudios Latinoamericanos en la Universidad de Santiago. Su obra incluye títulos como *Perrimontun* (2014) y *Kümedungun / Kümewirin – Antología poética de mujeres mapuche (siglos XX-XXI)*. De su libro inédito *Kollak de las confinadas*, *Alerce* comparte con sus lectores a continuación los nueve primeros cantos de un poema que habla de las mujeres y de la historia invocando para ello a la gran poeta argentina y apelando a su *corazón como un dios sin lengua*.

Las trenzas de la historia

I

Alfonsina ¿supiste en tu Argentina de las trenzas de mis abuelas, desperdigadas en tus museos?

Sus trenzas entre las fotografías de los nuevos imperios y sus reyezuelos.

¿Supiste de esos ojos de mujeres, Alfonsina que también amaron hasta el dolor y la muerte?

¡Ay, Alfonsina! Seguro no supiste y no te juzgo, de esas manos que abrazaron esos cuerpos. De esas grandes mujeres donde posó el universo todo el amor y todo el dolor de los siglos.

De esas grandes mujeres no supiste pero supiste de ese peso ancestral de no ser reina.

II

Grandes mujeres, gloriosas mujeres agrestes alzando sus alas



en ocultas selvas.

Pu domo, pu pichidomo,
pu papay, pu lamngen.
Selvas de raíces trenzadas,
mis abuelas.

Y mis abuelas como tú, Alfonsina,
dejaron de respirar un día,
una noche después de las ráfagas,
después del fuego
ahuyentando a los pájaros
y a los insectos de la pampa.

III

Y las joyas de plata ya no estaban, Alfonsina,
Ya no estaban sus trenzas en la huida.
Y luego las joyas, como las trenzas
durmieron siglos detrás de las vidrieras
en museos interminables de la República

IV

¿Viste alguna vez los tupu,
los trapelakucha
y los sikill de mis abuelas
en tu Argentina?

Hubo trenzas
volando por los aires
oliendo a miedo y a dolor,
hubo trenzas
trenzas con cintas de colores y chaquiras,
trenzas de poder y de pewma
largas trenzas del orgullo indio.

Un futuro sin trenzas Alfonsina, no es
como tú soñabas.

V

Las trenzas sostienen mi historia
Esas trenzas que tejían
las mujeres *en caricia lesbica*.

Las trenzas, la historia,
nuestras trenzas,
nuestra historia.
Encontrarme en mis trenzas
En mis pewma cintas de colores.

VI

¡Ay, Alfonsina! Sé que no supiste de la sangre
desperdigada en ese suelo que pisabas
en esa arena y en ese cielo que te vio cerrar los
ojos
por última vez una mañana cualquiera.

Apresurada tú, Alfonsina, tu pensamiento,
tu corazón como un dios sin lengua,
mudo hubo de quedarse para siempre.

Y no más cantos de Alfonsina. No más versos
No más palabras.
Como en la boca muda de mis abuelas

antes, mucho antes, de la Plaza de Mayo
y sus abuelas.

VII

En mis cabellos tengo los sueños
de las trenzas que no guardo,
la madera en la pupila gris de estos días,
la menta y el poleo de la casa de mi abuela.

De las calles de ese pueblo
del que siempre quise huir...
Tengo los olores.
Y aun así no siento
nostalgia de sus calles polvorientas
y de sus flores silvestres adornando los patios,
agrestes como en todas las aldeas.
Como en tantas aldeas perdidas
en los confines de las repúblicas,
con nombres de soldados de la patria.

¿Qué podría saber el general Freire,
el general Roca
o Cornelio Saavedra del desprecio?
Sus nombres en pueblos olvidados.

Pero yo guardo los olores de la infancia.

VIII

Poeta golondrina
¿tienes tú la culpa, si me amparas?
¿Tengo yo la culpa si la ruta mía en tus versos
se ha encontrado?
Un capullo he urdido con tus lágrimas
y mis lágrimas vertidas.

Porque como tú, yo sé que las palabras
como las mariposas perderán un día,
de cualquier modo, *el polen de las alas*.

IX

Ay Storni!
Mi alma ruda ante tus palabras,
inquieta como los mares,
urgente como la nieve
sobre rosas encendidas
habita las ciudades
y estas calles, desolada.

Desde aquí te invoco,
te interpelo poeta de las perdidas,
nombre gris en la madrugada,
alas de luto sobre esta inmensidad
vacía, sin palabras te llamo.
No temas a mis ojos, errante.





Neruda en los versos de Norton Robledo

Ven a renacer en la semilla

Sobre la sangre derramada en ciudades y pueblos de la patria
Sobre pirámides de libros cuyas palabras murieron en la hoguera
Sobre el destino truncado de los presos políticos de los desaparecidos y los asesinados.
Sobre las almas desterradas a tierras desconocidas, construyó el general de mercenarios el gobierno cívico-militar de la incultura, la dictadura de los halcones de la guerra.
Pablo Neruda, cuando tu alma se fue volando a las alturas de Machu Picchu, en nuestra patria comenzó una época terrible, oscura e indolente
Tus palabras quedaron junto a las gentes organizando futuro.
El mismo día de tu funeral comenzó a renacer el verbo sobreviviente del holocausto.
Modestas mujeres, hombres de trabajo, la gente, el pueblo obrero y el pueblo campesino, estudiantes y cantantes, poetas y artistas gritaron tu nombre.
Bajo la mirada atenta de soldados armados, tus versos fueron un grito de combate, con llanto en los ojos y coraje en el alma el pueblo comenzó a cantar La Internacional.
En todo el territorio de la patria prisionera se agitaron las almas combatientes.
Ese día pusiste en el pecho del pueblo cuchillos que yacían enterrados.
Yaces poeta insomne, en tu lecho de elementos terrenales ojos de futuro, cantos prolongados en la historia del tiempo.
Pablo Neruda, vengo a cantar contigo.
Traigo las vegetaciones exuberantes del sur
Traigo sol y lluvia para cosechar primavera.
Vengo a cantar contigo, vengo de montes y quebradas
Vengo del Valle del Elqui, por esos lares dejé el arado esperando en las semillas y las huellas de mis pasos esperando en el árbol tiempo.
Estoy aquí para cantar contigo, y re encender el horizonte con las palabras.
Pablo, vienes desde el vientre del pueblo, desde las profundidades de la vida, desde socavones dormidos en lechos minerales, desde caminos rurales por los que la brisa de los días va besando la piel de los senderos.
Vienes desde las alturas de los andamios con los que los obreros construyen grandes edificios.
Vienes desde las grandes ciudades de carreteras de asfalto y cemento, de rostros fríos, indiferentes y ausentes como el amor en fuga.
Vienes desde el campo con olor a madre tierra en la que los labradores depositan semillas germinales.
Vienes desde territorios de alfareros manos de arcilla y greda de las que salen ollas, jarros y vasos como pájaros del nido.
Vienes desde mares reflejados en la luna de tus ojos, vienes desde los continentes perpetuados en los versos de tu poesía.
Vienes volando desde las alturas de cordilleras milenarias
Testigos del paso de la cruz y la espada testigos del paso de la sangre y el fuego que invadieron de norte a sur nuestras tierras.

Vienes desde territorios de habitantes indomables renaciendo en la raza templada por el fuego de los volcanes.
Vienes desde la serenidad de las noches silenciosas del desierto
Desde todos los rincones de la patria, viene tu voz, tu canto, tu poesía.
Pablo Neruda, camarada poeta, en las grandes alamedas de la patria cerradas aún para el pueblo, entre banderas incendiarias y consignas, la gente grita e invoca tu nombre.
Pablo Neruda, camarada poeta. Ven a renacer en la semilla
Desde las alturas viene tu poesía aún vital vigente.
Traes las lluvias torrenciales del sur en sus pupilas. tus pies van reconociendo los caminos, re-bautizando las tierras con nombres y recuerdos renacidos de los tiempos antiguos
Antes de que las botas, fusiles y bayonetas las dividieran en regiones.
Las voces de tus pasos van despertando fuegos que yacen dormidos años tutelares
Pablo aire y agua, Pablo fuego y tierra
Tu poesía se contiene en todos los elementos.
Tu poesía conjuga la esencia de la vida.
¡Canta, canta poeta del pueblo!
¡Canta, canta poeta de raza indomable!
Lautaro y Caupolicán, Fresia y Guacolda cantan contigo.
Canta, canta poeta de los enamorados
Canta, canta poeta de amantes fortuitos
Tu poesía de corazón rebelde, canta en las voces del viento.
El pueblo hace suyo tu canto.
Sus manos buscan la lámpara que dejaste encendida.
Capitanes del pueblo la encontrarán.
Y tu canto llevando aires de libertad iluminará la patria desde el norte hasta la Araucanía.
Pablo Neruda. Camarada poeta
Ven a renacer en la semilla.

Norton Robledo

Por donde se expulsa el decoro, un cuento de Francisca Luco

Pasé una temporada en ese lugar, ya conocía bien cómo transcurría el tiempo. Las olas respondían a los meses y los vecinos eran autómatas locuaces. El día en que conocí a Paula ella se constituyó en una más de este torpe rebaño ante mis ojos. Las ancianas sugerían que Paula estaba algo así como perdida, que la había conocido en un momento anormal de su conducta. ¿Por qué? Si acaso, era del selecto grupo de aquellos vecinos que saludaban animosamente en la acera.

Hay muchas formas en las que puedes perderte. Cuando sucede un evento catastrófico, volver a la vida corriente supone un espacio adecuado para la confusión. Cambiar de aires, tomar un camino desconocido o pegarse en la cabeza; la variedad marea. Paula parecía estar en una categoría alejada, una especie de pérdida más allá de una seguidilla de momentos catastróficos; ella parecía gustar de la obnubilación.

Los vecinos mantenían un pacto de silencio. Debajo de la prosa común de pasillo había significados a los que yo no tenía permitido acceder. Entre la cerradura del departamento y la puerta de entrada se teje una telaraña de fonemas provenientes de familiares desconocidos. Horarios similares, fiestas ocasionales y voces en eco serpenteando las escaleras, la vida en comunidad goza y permea la verticalidad del edificio que llamamos hogar.

Sabíamos las desgracias acontecidas entre las murallas: las cañerías otra vez inundaron el piso. El agua corría alimentando las crecientes quejas, que, como plantas en el claro, develaban hojas florecientes de desesperados reclamos. Mi madre sugirió que debíamos mudarnos, o más bien que yo debía irme. El agua de la inundación fue un brebaje fresco para la sed de mi pronta ausencia. Sabía dónde ir, la provocación esta vez era despedirme de cada uno de mis vecinos. Mi madre, como ciudadana

ilustre de la república vertical en la que habitábamos, insistió en aquel innecesario detalle.

Ahora mojadas, las páginas que he releído hasta el hartazgo eran hoy un rastro de la inundación que terminó con mi visita. La cañería dañada provenía del departamento de Paula; el día que hablamos me lo comentó entre alegorías al tiempo y la prisa. En sus manos sostenía un cuaderno a mal traer con anotaciones en un idioma que no supe comprender.

La complejidad de mi despedida no venía dada por la gran pérdida de tiempo que suponía el decir adiós, sino por mi acercamiento a esta logia esquiva y familiar a la que nunca se me permitió decir más que un saludo cordial. La mayoría de los residentes conocía mi rostro a pesar del ir y venir propio de los hijos únicos. Ellos no querían despedirse de mí, ni yo irme del asfixiante calor materno. Ellos sabían que el deseo de mi madre era tal que movilizaba mi cuerpo por completo a aquella desvergüenza disfrazada de despedida.

La comparsa comenzó: ¿Dónde vas ahora? ¡Tu madre va a extrañarte! El futuro es prometedor. Cada puerta abierta mostraba una posibilidad de lo que pudo ser mi hogar. Todos los departamentos eran iguales en su conformación; el de mi madre era uno de los tantos. La diferencia residía en los muebles, los olores, los pequeños espacios de ocio dispuestos aleatoriamente en cada departamento. Se abría ante mí una y otra vez una particular configuración de los cinco sentidos curtida por los hábitos. Paredes, mobiliario y horrible menaje, cuadros a punto de dilapidar mi paciencia.

El departamento de Paula bien podría ser un agujero húmedo en las alturas. La inundación había aniquilado todo rastro de comodidad. Nadie parecía realmente compadecido, existía familiaridad en la desgracia proveniente de Paula. De pie en medio de la sala, erigió una sonrisa que le supuso un doloroso gasto de energía. A su lado las gotas formaban una trayectoria vertical entre el cielo y los pies de ella, otorgándole la magnificencia de un pez en medio un río tumultuoso y lleno de barro.

Le comenté brevemente que partía, que mi aparición se debía únicamente a la coacción de la cordialidad materna. Ella, dubitativa y claramente avergonzada, dejó una marca de barro en el anverso de mi mano. El recibimiento que me brindó su hogar drenó toda pasividad frente a mi madre. Ya nada se interponía entre mis pasos hacia la salida, ningún timbre, ningún mobiliario.

El día en que partí miré mi ventana desde la calle; una vez afuera, todo parecía muerto. No sabía cuándo volvería. Lo familiar mezclado con la desgracia que mi madre se esforzaba por evitar, vivía cómoda en mis recuerdos. El verde musgo y el gris evocan antónimos de hogar y mi madre lo sabía; ahora yo también lo sabía. Las ancianas, amigas todas, voltearon a verme desesperadas. Hacían muecas afanosas... algo se revolvió en mi estómago. Lancé de vuelta una mirada: allí estaba Paula, reparando la cañería con las hojas de su libreta, disculpándose con el colectivo hoy unido ante la amenaza de inundación que devela todo falso decoro.

Francisca Luco

